

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NUM 66

23 MAYO
1926



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.

TE VOY A DEJAR EL PELITO A LA GARCÓNNE

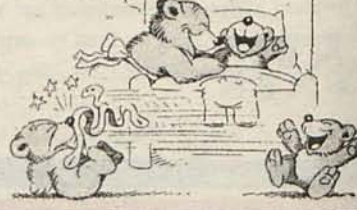


Y LAS MARICITAS BIEN LIMPIAS PARA QUE DUERMAS BIEN



© 1926, by Int'l Feature Service, Inc. Great Britain rights reserved.

¡VAMOS, HIJOS MÍOS, NO HAGÁIS EL OSO!



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton

NOS METEREMOS EN CASA A JUGAR UN TUTE ARRAS- TRADO Y ASÍ NO NOS MOLESTARÁN ESAS HIE- CIAS

TENEIS MU- CHO TALENTO, MAJESTAD.



SI SUPIERAN LA TRASTADA QUE PREPARA- MOS!

ESO DE QUE SU MA- JESTAD TIENE MU- CHO TALENTO, AHO- RA LO VEREMOS.



NO TE IMPACIENTES, LEOPARDITO, QUE EN SEGUI- DA TE LAS VAS A VER CON EL TÍO DE LAS BAR- BAS



¿USTED JUE- GA MAJES- TAD!

Y DATE PRISA EN MORDERLE PORQUE SI NO TE MORDERÁ EL A TÍ.



AL FINAL DE LA CHIMENEA EN- CONTRARÁS A SU MAJESTAD Y AL CAPITAN

LES DAS MUCHOS RECUERDOS DE NUESTRA PARTE.

¡VEINTE EN BASTOS!



¡ARREA!

HA LLEGADO LA HORA DE LA VEN- GANZA. VAM A VER QUIEN SO- MOS NOSOTROS



¡SIN VERGUENZAS! ¡BANDIDOS! ¡VENID, QUE OS VOY A HACER PAPILLA!

¡TU ESTATE QUIE- TO, LEOPARDITO!



TOMA, PARA QUE NOS DEJES EN PAZ ¡SO GRAMUJA! ¡SO SIN- VERGUENZA!

DALE FUERTE, QUE CUANDO TE CANSES EMPEZARÉ YO

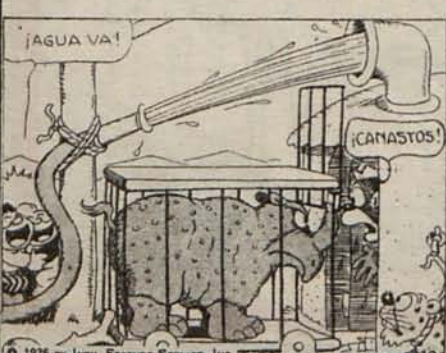


YA SABES, QUERI- DO RINOCERONTE, QUE NO DEBES DEJAR SALIR A MADIE



¡MI SUEGRA!

¡ES EL DILUVIO, MAJESTAD!



¡AGUA VA!

¡CANASTOS!



UN POCOITO HÚMEDO RESULTA, PERO PODE- MOS SEGUIR JUGANDO.

CON TAL DE GANAR LE, MAJESTAD, SOY YO CAPAZ DE JUGAR DEBAJO DE LAS CA- TARATAS DEL NIA- GARA.



¡QUÉ DELICIOSO RESULTA ESTAR DEBAJO DEL AGUA Y NO MOJARSE!

VERDADERAMENTE SI SU MAJESTAD Y EL CA- PITAN TUVIERAN NUESTRO TALENTO NO TEN- DRÍAN NECESIDAD DE EX- PONERSE A COGER UN REUMA.

© 1926 by INT'L FEATURE SERVICE, INC. Great Britain rights reserved.

PROGRAMA
PARA HOY

UN ATAQUE
DESDE
LAS NUBES

Sensacional!

GRAN CINE



El misterio de la isla de Ayati.

El capitán Colin Wood, que salía de la bitácora del destroyer *Huracán*, leyó el cablegrama que acababa de entregarle el «marconi» del barco.

El aerograma iba dirigido a todas las estaciones y procedía de la isla de Ayati que estaba situada en el mar del sur. Decía que en la isla se había presentado una enfermedad misteriosa, y que se necesitaba urgentemente la asistencia de un doctor.

Colin Wood devolvió el aerograma al telegrafista.

—Transmita usted eso mismo al almirante de la Armada y pida instrucciones.

El telegrafista se retiró y Colin volvió a la bitácora para examinar la posición exacta del barco con relación a la isla de Ayati.

La respuesta a su aerograma no se hizo esperar y era la que Wood esperaba, visto la urgencia del caso:

Vaya en seguida hacia Ayati y presten asistencia.

Recibióse el mensaje a las cuatro de la tarde y a las seis y veinte llegaba el *Huracán* rasgando los mares a la pequeña isla de Ayati. Esta era una posesión británica inhabitada, y que a la sazón la empleaba como estación para la pesca de perlas un inglés llamado Marcus Small, que tenía derecho a explotar esta industria por aquellos lugares. Este inglés tenía empleados a una pequeña colonia de negros procedentes de otra isla cercana, y era entre estos negros donde la enfermedad se había presentado.

Un lago pantanoso, de un azul oscuro, servía de puerto natural, orlado por una franja de playa amarilla.

El *Huracán* ancló fuera del lago y Colin Wood se embarcó en un bote, acompañado del médico del buque, de dos practicantes, del guardia marina Spring, y de cuatro marineros. Desde el lago, el bote se dirigió a la playa que quedaba a doscientos metros de las cabañas que formaban la colonia de los pescadores de perlas.

Entre las cabañas había una casita de madera y de ella salió un hombre vestido de blanco.

El capitán se adelantó a su encuentro.

—Somos la tripulación del *Huracán* que hemos recibido órdenes de venir a prestarles a ustedes asistencia.

Wood presentó el doctor a Marcus Small y dejó que él se hiciera cargo de la situación, porque desde luego eran solamente los servicios del doctor los que requerían.

—¿Cuál es la naturaleza de la enfermedad, Mr. Small? ¿Es algún caso de fiebre local? —preguntó el doctor.

—Realmente no se lo puedo decir a ustedes. Pero ha empezado de una manera muy misteriosa. El primer enfermo se sintió atacado esta mañana a las nueve, y hacia medio día ya habían caído enfermos más de la mitad de la colonia, blancos y negros. No ha habido ninguna muerte, y a pesar de que todos los sanos están cuidando a los enfermos, no parece haberseles contagiado lo más mínimo. Espero que usted, doctor, encontrará la causa de la enfermedad.

—Desde luego; haré todos los posibles —prometió el médico, yendo con Small hacia las cabañas seguido de Colin y de los dos practicantes.

Mientras éstos y el doctor entraban en la primera de las cabañas, el capitán se quedó fuera esperando; pronto volvió a aparecer Marcus Small.

—He dejado al doctor solo para que haga un detenido examen; cuando haya desentrañado el misterio, ya nos dirá lo que hay que hacer con los enfermos. Estoy muy agradecido a usted, capitán, por lo pronto que han acudido a mi llamada. Es un gran descanso para mí el que los enfermos reciban asistencia tan pronto.

Acompañado de Colin Small volvió a su casa, y sentáronse ambos en las sillas de paja que había en la terraza.

—Ha sido hoy un día de verdadera prueba para mí —continuó diciendo Small—, pues además de esta desgracia he sufrido un golpe verdaderamente serio.

—¿De veras?

—Sí, señor; me han robado el producto de todo mi trabajo desde que estoy aquí. Habíamos cogido unas buenas redadas de perlas

en estos lugares de tal modo, que me atrevo a decir que las perlas que teníamos representaban una fortuna.

—¿Y han desaparecido? —interrogó Wood, sintiendo despertarse el interés.

—Sí, señor; desaparecieron de esta caja cuando todos andábamos preocupados y apesadumbrados por la enfermedad.

—¿Y no sospecha usted de nadie?

—Sí; tengo sospechas y muy fundadas, porque junto con las perlas ha desaparecido también un mestizo que se llama Ramón García.

—¿No han hecho ustedes nada por encontrarlo?

—Muy poco, por no decir nada; ya ve usted, antes que las perlas era salvar la vida de los enfermos y hemos tenido que estar todo el día sin separarnos de ellos. Sin embargo, no creo que el individuo ese haya podido salir de la isla; así que tengo esperanza de que, tan pronto como mis hombres se pongan buenos, podamos dar con él.

—Así lo deseo, Mr. Small. Tengo yo ahí en la playa a un guardia marina que es inquieto como él solo. ¿Qué le parecería a usted si él y los marineros que están con él dieran una vuelta por la isla en busca del fugitivo?

—Es usted muy amable, capitán, y le agradecería muchísimo esta ayuda.

El guardia marina llegó en seguida a la casita de madera, obediendo a la llamada del capitán, y le explicaron brevemente los hechos. Marcus Small le hizo también una detallada descripción del hombre que, según sus sospechas, se había escapado con las perlas.

—Inútil es decir que el guardia marina quedó encantado con la tarea que le encomendaban.

Se marcharon los marineros, y Colin, que no quería perder de vista al *Huracán*, quedó en casa de Small hablando con él, que esperaba impacientemente el dictamen del doctor.

Este apareció una hora más tarde.

—¿Qué, doctor, ¿ha encontrado usted la clave del misterio?

—La he encontrado, sí, señores

—¿Y cree usted que los enfermos están en peligro de muerte?

—No; no están en peligro de muerte, ni lo han estado; pero la enfermedad es bastante seria. Esos hombres padecen un envenenamiento.

—¿Envenenamiento? —repitió Small. ¿Cómo? ¿Cree usted que se han envenenado con algún alimento en malas condiciones?

—No; han sido envenenados con un alimento envenenado de antemano. Pero

lo que pasó es que el autor de esa hazaña se conoce que no tenía veneno bastante para todo el alimento y envenenó parte de ello. Esa es la razón de que muchos se hayan librado.

—¡Pero es un crimen! ¡Y seguramente es obra de Ramón García! —exclamó Colin Wood.

—¡Gran Dios! —balbuceó Small—. ¿Cree usted realmente que habrá recurrido a esos extremos para llevar a cabo su plan de robo? ¡Parece increíble!

—¡Pues yo aseguro que es así! Comprendió que la repentina enfermedad de varios hombres causaría un gran pánico en la colonia, y que ello le daría ocasión de sacar las perlas de la caja de seguridad.

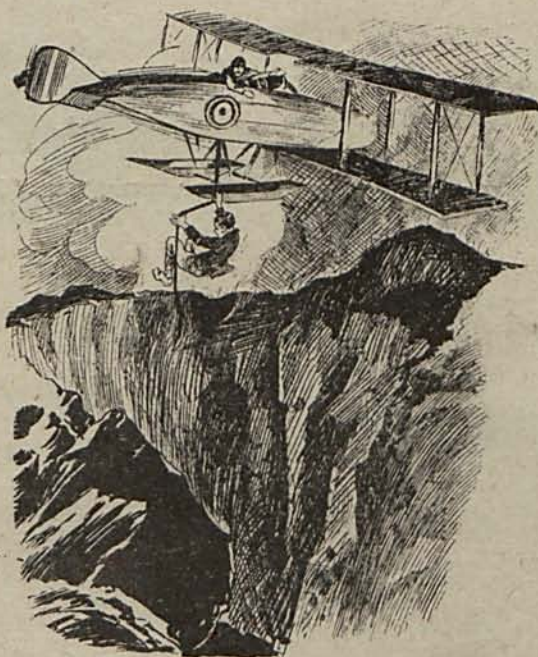
—Es cierto, porque en circunstancias normales no hubiera podido hacerlo; pues el sitio donde estaban está vigilado noche y día —observó Small—. Pero claro, el guardia tuvo que abandonar hoy el puesto porque todos eran pocos para cuidar a los enfermos.

Colin bajó las escaleras de la terraza.

—Voy a avisar que vengan más marineros a tierra —explicó—. Y mientras se hace una detenida inspección de la isla, el *Huracán* guardará las costas para que ningún bote pueda escapar oculto por la oscuridad de la noche.

Apenas había acabado de decir esto Colin, sintió atraída su atención por un ruido que venía como del espacio, ya en tinieblas. Era la atronadora trepidación de un aeroplano, que desapareció de la vista en seguida, por encima de la planicie que había detrás de las palmeras.

Pilotado por una mano experta, el aeroplano aterrizó sobre la





cumbre, cubierta de brezo, y, antes de parar por completo, un hombre saltó al asiento de al lado del piloto, y el aparato se puso en movimiento otra vez. Corrió un rato por el suelo con el motor trepidando, y en el momento de elevarse apareció otra figura sobre la planicie, corriendo desesperadamente detrás del aparato. No consiguió alcanzar más que la cola del aeroplano, a la que se agarró.

Un segundo después volaba el aeroplano llevando colgada de la cola la figura de un hombre.

Desaparecen de la isla.

Mientras Colin Wood se dirigía a la playa, aparecieron por entre las palmeras los cuatro hombres que habían acompañado al guardia marina.

—¡Volveos atrás! —gritó Colin—. ¡Hay que volver inmediatamente al Huracán!

Los marineros echaron a correr detrás del capitán, que iba hacia el bote.

—¿Qué ha sido de Mr. Spring? —les preguntó, ya dentro del bote.

—No lo sabemos, mi capitán —contestó uno de los marineros—. Se separó de nosotros diciéndonos que estuviéramos en la playa dentro de media hora.

Colin no perdía de vista el aeroplano. Seguía trepidando; pero volaba con bastante dificultad por el peso del guardia marina, que seguía colgado de la cola. El peligro que corría este muchacho era horrible, porque estaba a más de trescientos metros de altura. El aeroplano se fué en dirección al mar. El capitán le veía luchar para pasar por encima de la cola, y lo consiguió al fin, porque rasgó de un puntapié la tela de una de las alitas de atrás. El aparato se bamboleó peligrosamente, y únicamente debido a la gran destreza del piloto se mantuvo en el aire sin caer.

—No puede ir muy lejos así como está —exclamó Colin, mientras el bote se deslizaba por el lago—. Lo único que puede hacer es aterrizar en una de las islas próximas, aunque también lo dudo.

El bote llegó al Huracán, y el capitán subió a bordo dando orden de partir inmediatamente, sin esperar siquiera a que subieran el bote.

El destroy se abrió paso a la mayor velocidad posible por entre las aguas de la bahía; tan grande era la velocidad, que el agua salpicaba en todas direcciones, mojando a Colin, que en el puente seguía con la vista en el aeroplano; éste desaparecía rápidamente en línea recta, y de esto dedujo el capitán que iban a aterrizar en la isla más próxima a Ayati, una de las mayores del mar del sur.

Llegó la noche, y el Huracán seguía corriendo con los reflectores enfocados en todas direcciones para que en el caso de que el aeroplano hubiera caído al agua, fuera visto; pero el buque estaba ya a una milla de la isla y no se veían señales de naufragio alguno. Suponía Colin que el aparato había conseguido aterrizar, cuando de la playa que tenían enfrente surgió una tremenda llamarada. Dirigieron los reflectores hacia allá y con los gemelos pudo percibir Colin que el aeroplano había quedado incrustado en la arena y que ardía por los cuatro costados.

Aceleró la marcha el Huracán hacia tierra, hasta que a una orden del capitán acortó la marcha, y fueron lanzados al agua dos botes, llevando cada uno de ellos la mayor tripulación posible.

A cincuenta metros de tierra, el bote delantero, en el cual iba el capitán, divisó algo que sobresalía por encima de las aguas. Era la cabeza del guardia marina Spring, que, ya completamente falto de energías, hacía los últimos esfuerzos por atraer la atención de sus compañeros. Se dirigió la embarcación hacia él, y un momento después ya estaba fuera del agua.

—¡Gracias, mi capitán! —balbuceó el muchacho—. ¡Gracias a Dios que me veo salvo! El aeroplano se metió por el agua antes de llegar a la orilla y yo caí.

—Quizá sea este un accidente afortunado —respondió Colin poniendo al guardia marina todo lo más cómodamente posible en el bote—. Me temo que esos dos pillos no sean tan afortunados como tú.

—¡Son un par de peces buenos! —comentó Spring—. Encontré a uno de ellos cuando yo andaba explorando la isla y le seguí hasta la cumbre del Ayati.

El guardia marina se esforzaba por recobrar el aliento.

—Entonces fué cuando el aeroplano se elevó y no tuve tiempo de pedir ayuda —añadió.

—Está bien, Spring —dijo el capitán, calmándole.

El bote ya tocaba tierra y en cuanto desembarcaron el capitán corrió a ver los despojos del aeroplano.

El piloto y su compañero ya no estaban por allí y únicamente se veían las pisadas por la playa, lo que demostraba que los dos habían escapado con vida del naufragio y del fuego.

—Parece como si al aterrizar no hubiera empezado todavía a arder el aparato —observó el capitán—; porque veo que los dos han podido huir, y a juzgar por las huellas, se han internado en la isla.

—Si los fugitivos han huido por aquí, me parece que lo van a pasar mal, mi capitán —dijo el experto Bob Luck, que era uno de los marineros más populares de la tripulación.

—Estaba yo pensando lo mismo que tú —respondió el capitán con el entrecejo fruncido—. Esta isla está habitada por una tribu de canibales salvajes, y si caen en sus manos no hay salvación para ellos. Por muy miserables que sean, horroriza pensar la suerte que van a correr si los canibales los cogen.

Apenas acabó de hablar Colin, llegó hasta ellos el golpear de tambores mezclados con gritos de angustia.

Estos gritos, que procedían de la cueva, indicaba que les iba a suceder lo peor de todo lo que podía sucederles. El tambor anunciaba, con su redoble, la pena de muerte de las últimas víctimas de los canibales.

—¡Todos allá! —gritó Colin—. Luck: tú te quedarás aquí cuidando de Mr. Spring.

El valiente lobo de mar no pudo ocultar su amarga decepción al ver a sus compañeros entrar por el túnel y no poder participar de la aventura.

Los marineros, con Colin a la cabeza, subieron por la pendiente y según iban andando oían más cerca el redoblar de los tambores. Y lo que más temía Colin era que cesase, porque el último redoble indicaría la muerte de los dos hombres que habían caído en las manos de la salvaje tribu.

La ascensión continuó durante tres minutos, y en seguida el capitán y sus hombres se encontraron ante este extraño espectáculo:

En medio de una hondonada ancha, rodeada por todas partes de arrecifes, ardía una hoguera enorme. Detrás de la lumbre había una horda de salvajes, y delante, otros seis salvajes con las lanzas levantadas y apuntando a los dos blancos que estaban atados espalda con espalda.

En el mismo momento de aparecer Colin, cesaba el último redoble de tambores, y los que tenían las lanzas disponíanse a atravesar con ellas a sus víctimas. Sonaron media docena de disparos; uno, del revolver de Colin y los otros cinco, de los rifles de los marineros que le seguían. Cuatro de las lanzas quedaron partidas en el centro por los tiros, y los otros dos hombres cuyas lanzas no fueron atravesadas, dejaron caer los brazos y se volvieron llenos de pánico hacia los marinos.

Siguió un silencio, y los doscientos indígenas que componían la tribu se refugiaron al otro lado del

fuego. La situación se ponía muy seria para los del Huracán, porque se veía que los canibales no estaban dispuestos a entregar a sus prisioneros sin antes defenderse denodadamente.

Colin sabía muy bien que, aunque él y sus compañeros podían hacer mucho daño con las armas de fuego, no serían capaces de evitar la embestida de los salvajes.

Los rifles empezaron a disparar de nuevo.

En aquel momento de detrás de Colin parecieron salir como un centenar de voces gritando:

—¡A ellos! ¡A ellos!

A los gritos siguieron un centenar de disparos. Detuviéronse los indígenas creyendo que detrás de los marineros venía un gran refuerzo, y volviéndose huyeron por una abertura que dividía las rocas.

—Sin comprender lo que había sucedido para operarse este cambio, Colin Wood se adelantó y puso en libertad a los dos prisioneros.

Ordenó a los marineros que los registrasen, y encontraron las bolsas con las perlas atadas al cinturón de Ramón García.

—Todo esto es muy satisfactorio; pero hay que ver quién ha sido el autor del tumulto, gracias al cual nos hemos salvado.

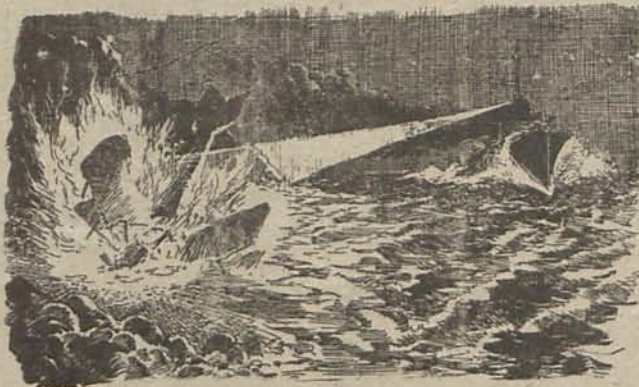
Mientras hablaba el capitán, apareció en la rampa Bob Luck.

—Dispense, mi capitán, si vengo sin haber recibido orden —dijo saludando—; pero estaba rabiando por ver el efecto que había causado mi trepa.

—Seguramente no lo habrás hecho tú solo, ¿eh, Bob? —preguntó Colin sorprendido.

—Sí, mi capitán —y Bob sonrió orgullosamente—. Ese túnel tiene eco en varias direcciones. Un par de gritos dados con toda la fuerza de mis pulmones, y seguidos de media docena de tiros disparados rápidamente, lo han hecho todo. ¡Si a mí mismo me parecía que yo era toda la tripulación de un barco, a juzgar por el estrépito que metía!

—¡Pues otro tanto me sucedió a mí, Bob! —respondió el capitán. Por ti, todo se ha salvado.





LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—Si la mina es tan extensa, acaso esté bastante lejos de nosotros.

—Se habrá marchado a buscar su tesoro a orillas de ese torrente. ¡Roberto, súbete sobre esa roca y mira si se ve algo en aquellas bóvedas que hay allá lejos!

El joven pescador, que era ágil como un mono, trepó con suma facilidad y en pocos saltos se encontró en la cima de una roca que tendría de quince a veinte pies de altura.

—¡El fanal rojo! —exclamó cuando llegó a lo alto.

—¿El de Simón? —preguntaron el doctor y Vicente.

—Sí; es el mismo que hemos visto sobre las aguas de la gran caverna.

—¿Está muy lejos?

—Mucho, doctor.

—¿Se está quieto?

—No, veo que se mueve.

—¿Entonces es que Simón huye?

—Así lo creo.

—¿Nos habrá visto, acaso? —preguntó Vicente.

—Es probable —dijo el doctor.

—¿Le seguimos?

—Sí, Vicente.

—¿Pero adónde irá ese loco de atar y hasta dónde llegará esta caverna?

—No sé, pero supongo que tendrá fin.

—Pues entonces, ¡adelante!

Escalaron las rocas que se erguían casi cortadas a pico sobre las aguas del lago y se encontraron sobre una especie de planicie que subía ligeramente, cubierta de grandes masas de carbón fósil.

Delante de ella se abría una inmensa galería y bajo aquella tenebrosa bóveda, pero a notable distancia, se veía brillar el fanal rojo del esclavo.

—Se aleja de nosotros —dijo Vicente—. ¿Irás en busca del tesoro?

—No seguirá así mucho tiempo; su linterna no puede lucir durante muchos días.

—¿No habrá traído provisión de aceite para alimentarla?

—¡Hum! No creo que un loco tenga tanto sentido común. Aligeremos, amigos, que esta galería puede tener algún recodo y entonces no podremos guiarnos por el farol.

Ganada la última pendiente se internaron bajo aquella gigantesca galería, abierta entre enormes bloques y capas de carbón. Era altísima, de más de sesenta o setenta metros de anchura, de paredes irregulares y suelo cubierto de verdaderas montañas de carbón. Hubiérase dicho que en algunos sitios había sido explotada y labrada por la mano del hombre, probablemente en tiempos remotísimos. El doctor adquirió pronto la certeza de esto, al ver que de vez en cuando aparecían en las partes bajas de las paredes algunas galerías menores que no podían haber sido hechas por un capricho de la Naturaleza.

—¿Dónde tendrá esta mina la entrada? —iba diciéndose al caminar detrás de sus compañeros—. ¿Tendrá alguna desembocadura en la superficie de la tierra?

—¿Qué vais diciendo, doctor? —le preguntó Vicente al ver que hablaba en voz baja.

—Iba pensando en que esta mina tiene que haber sido labrada por la mano del hombre. ¿No ves esos montones de carbón que parecen estar preparados para ser cargados? Además mira en las paredes y verás cómo hay aún huellas de los picos de los mineros.

—¿Y cuándo pueden haberla explotado? ¿En época reciente quizá?

—¿Qué!; lo menos hace una docena de siglos!

—¡Tantos!

—Sí; un millar de años lo menos.

—Pues yo creí que el carbón fósil sólo se explotaba desde hacía unas cuantas docenas de años.

—Es que ha vuelto a hacerse uso de él hace relativamente poco tiempo, hacia fines del siglo pasado, como en

Francia y otros países; pero los griegos y los romanos ya explotaban estas minas. Así, pues, puedo decirlos que dos o trescientos años antes de Jesucristo venían los griegos a cargar el carbón que sacaban en las costas de Liguria.

También los romanos lo usaron mucho, trayéndolo de las minas inglesas después de haber conquistado Britannia.

—¿Y por qué se abandonó después su explotación?

—El motivo realmente se ignora, pero quizá fuese a causa del olor ingrato que despiden tanto el carbón como las minas. Por eso, y además por ignorancia, dejaron de emplear este mineral y, por lo tanto, su explotación.

En Francia, por ejemplo, en el año 1500, fué prohibido el empleo de carbón sopena de prisión, pues creían que el olor del carbón era nocivo para la salud pública. También en Inglaterra se amenazó con grandes penas a los consumidores de carbón, aunque las minas de New-Castle vinieron siendo explotadas desde 1272.

—¿Y quién creéis que haya trabajado estas minas?

—Los ligures de los Alpes Apuane, seguramente.

—Entonces tendrán salida por algún lugar.

—Lo dudo; como han sido abandonadas durante tantos siglos, los desprendimientos de tierras habrán cegado su entrada. Más tarde veremos si me he engañado.

En tanto que charlaban, Miguel y Roberto no perdían de vista el fanal rojo del loco. Aquel punto luminoso subía o bajaba según las pendientes del terreno y a veces desaparecía para volver de nuevo a aparecer.

La distancia, en cambio, parecía que no disminuía; más bien aumentaba. Sin duda, Simón, notando que era perseguido, huía precipitadamente internándose cada vez más en la caverna.

La galería había sido ya recorrida y el doctor y sus compañeros penetraron en una caverna bastante amplia, de suelo quebrado con grandes desniveles. A un lado, en el fondo de una gran abertura, se oía despeñarse el torrente.

Las aguas, cayendo de roca en roca, se despeñaban con un estruendo tal que los cuatro exploradores al llegar junto a ellas apenas podían oírse hablando a grandes voces.

También en aquella caverna se veían grandes montones de carbón, que parecían dispuestos con cierto orden para la carga, adosados a las paredes de la galería.

Habían recorrido ya unos quinientos metros, subiendo y bajando, cuando de pronto vieron desaparecer la lámpara del loco.

Esperaron algún tiempo creyendo volver a verla más tarde, pero en vano. ¿Se habría apagado o se habría refugiado Simón en cualquier galería lateral con la esperanza de substraerse a la persecución de que era objeto? Era imposible saberlo.

—¿Qué hacemos, doctor? —dijo Vicente deteniéndose.

—Esperemos aquí hasta que aparezca de nuevo.

—¿Retrocederá después?

—Cuando se le apague la linterna volverá hacia nosotros.

—¡Eso si no se nos acerca a traición! Tengo miedo de ese fusil que debe llevar consigo.

—Pues vamos a pararnos aquí, detrás de estos montones de carbón.

—¡Y vamos a comer! —agregó Miguel.

El lugar que habían escogido para hacer alto era una pequeña explanada, situada a corta distancia de la hendidura abierta por el torrente, circundada por cuatro montones de carbón, que hasta cierto punto podría, en caso de necesidad, servirles de trinchera contra los asaltos del desgraciado loco.

Colocaron las dos lámparas en lo alto de aquellos montones y después Miguel preparó en pocos minutos la comida, dejando algo de reserva para la cena, pues no sabían hasta qué punto les llevaría la persecución del esclavo.

(Continuará en el número próximo.)



BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASİD

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¡Cháfar! —ordenó el Califa—. Mira a ver si encuentras alguna casa en ruinas donde podamos pasar el resto de la noche.

Y mirando, mirando, vieron una puerta, encima de la cual había una ventana; por ésta salía el resplandor de una luz que alumbraba la calle, y oyeron el sonido de una guitarra acompañando a una voz que cantaba muy bien y con armonía arrobadora. El Califa, que era muy aficionado a cantos y que gustaba oír la música instrumental y vocal, exclamó:

—¡Por vida de mi cabeza, Cháfar! El dueño de esta casa está más divertido que nosotros. Llama a la puerta para que nos invite a pasar con él la noche.

Se adelantó Cháfar y llamó; el dueño se asomó a la ventana, vió a tres personas y les preguntó:

—¿Quiénes sois, desgraciados?

—Lleva razón —dijo el Califa a sus acompañantes—; si no fuéramos unos desventurados, no estaríamos dando vueltas por las calles con esta nochecita de lluvia y de frío.

—¿Qué estáis murmurando? —preguntó el de la ventana—. ¡Ojalá entre la enfermedad en vuestros corazones! No habéis encontrado otra casa más que la mía para satisfacer vuestros intentos de robo? ¡Venid! ¡Subid, hombres! Ved por vuestros ojos todo lo que os guste y tomadlo, menos la guitarra; yo os prometo por Dios que no os detendré, ni pediré auxilio en contra vuestra, que no diré que sois ladrones ni os deshonraré. ¡Pero se ve claramente que sois unos insensatos! Id, buscar otra casa en la que haya algo con lo que podáis arramblar. Por lo que a mí toca, no tengo, ¡vive Dios!, más que una estera vieja que nadie la compraría ni la vendería y esta guitarra que constituye mi único placer, y que aunque viniera el mismísimo gobernador con toda su guardia no sería capaz de arrancármela de entre mis manos. También hay en mi casa un puchero de barro, con mi cena, y una cazuela con *haxix* (1) verde. Si no lo creéis, subid y vedlo por vosotros mismos, y si tenéis hambre bienvenidos seáis. Ea, entrad, comed, y si queréis *haxix* ya sabéis que la cazuela está llena; hartaos y marchaos al diablo. Y si todavía no estáis satisfechos ni de ésto ni de aquéello, cogeré una estaca y bajaré a moleros las costillas a palos en esta noche tan triste para mí como para vosotros tres.

Al oír tales palabras se rió el Califa y con muy buen humor le dijo a Cháfar:

—Este es un hombre de gusto, comedor de *haxix* y pícaro. Por mi vida que pasaremos la noche alegremente, gracias a tal encuentro; pero es absolutamente preciso que seamos sus invitados, para reírnos de él a todo nuestro sabor.

Viendo el de la ventana que la conversación entre el Califa y sus acompañantes continuaba, les gritó impaciente:

—Malditos, dejadme oír lo que estáis cuchicheando entre vosotros, porque si no, bajaré y os emprenderé a estacazos.

—¡Gallardo joven! —le contestó el Califa—. Tú crees que nosotros somos ladrones y, por Dios, que nada está más lejos de la realidad.

—¿Qué sois, pues? —preguntó.

—Nosotros —replicó el Califa— somos tres derviches que hemos entrado en esta ciudad después de la oración de la noche. Ha empezado a llover, el agua ha calado nuestros vestidos y hemos sentido mucho frío; al pasar, hemos oído tus cantos, y como somos aficionados al placer, deseáramos que nos dieras hospitalidad esta noche siquiera. ¿Nos recibirás, hijito, o no?

—¡Bienvenidos seáis —dijo entonces el de la ventana—, y esperad un momento que os abra.

Bajó rápidamente, abrió la puerta, entraron los de la calle y subieron a una habitación espaciosa, en la cual había una estera vieja que apenas bastaba para cubrir el suelo, una

olla de barro puesta en la lumbre y una cazuela llena de *haxix* verde.

Cháfar se fijó detenidamente en el dueño de la casa y notó que era un hombre de elevada estatura, de cabeza grande, de hombros levantados y de espaldas anchas; sus piernas eran como postes, sus manos como pértigas y sus ojos brillaban en el fondo de su rostro, rojos igual que las ventosas de barbero. Después de este examen, el visir Cháfar dijo al Califa con cierta reserva:

—¡Mira a este hombre, Príncipe de los Creyentes! Dios nos libre del mal que nos puede hacer: me parece que este individuo es de carácter violento.

—¡Cállate! —le dijo secamente el-Califa.

El dueño de la casa deseó a sus huéspedes la bienvenida y les dijo:

—Señores, con vosotros viene la alegría, y vuestra presencia me trae la bendición del cielo.

—¡Dios te colme de felicidad! —exclamaron los tres.

Y el de la casa se levantó y se salió de la habitación.

—¿Dónde se habrá ido? —preguntó Cháfar.

—Parece que a satisfacer alguna necesidad —indicó el Califa—. Pero vamos, Cháfar, a hacerle una jugarreta y a comernos su cena, que está en la olla, antes de que él vuelva.

Quitaron el puchero de la lumbre, y vieron que estaba lleno de carne de carnero, sazonado con pimienta del Yemen y con azafrán, y que despedía un tuflillo capaz de resucitar a un muerto.

—¡Comémoslo en seguida! —les dijo el Califa.

Y como tenían hambre atrasado de todo el día, se abalanzaron sobre la olla con voracidad y se pusieron a comer apresuradamente; y el Califa, a la vez que decía: «¡Daos prisa, daos prisa!», tomaba con ligereza un trozo de carne caliente, abrasando, que al metérselo en la boca, le quemó el paladar; después de darle vueltas a un lado y al otro, se lo tragó, y bajó el bocado por la garganta cortando igual que un cuchillo. Otro tanto hicieron Cháfar y Mesrur, hasta el punto de que se les hincharon los labios; ahora que encontraron esto muy apetitoso por lo raro del caso y sobre todo por el hambre que habían pasado. Se comieron lo que contenía el puchero; el pan, todo, no dejando ni rastro, y mientras el dueño de la casa seguía haciendo esfuerzos y suspirando en el lugar a donde se había retirado.

—¡Cháfar! —dijo el Califa—. Pon al puchero su cobertera y colócalo otra vez en la lumbre.

—¿Qué va a ser de nosotros —exclamó Cháfar— cuando este hombre vuelva y se encuentre la olla vacía?

—Yo me temo —indicó Mesrur— que nos va a medir las costillas con un garrote, hasta rompernos los huesos.

—Así pensará Aquél que nos ha creado —dijo el Califa—, pero nosotros negaremos a pies juntillos y no confesaremos ni una palabra.

En éstas volvió el hombre y se sentó, diciendo:

—Derviches, vuestra llegada me alegra mucho y os deseo la bienvenida.

Y preparó la mesa para comer. Apartó el puchero de la lumbre, y al notar que pesaba poco, lo agitó, pero nada se movía dentro. Quitó entonces la cobertera y vió que la olla estaba vacía. Se quedó pasmado, y se encolerizó violentamente, y sus ojos se le pusieron rojos como la sangre.

—¡Gran Dios! —exclamó Cháfar aterrado—, haciendo una seña al Califa, quien le hizo comprender que debía callarse.

El hombre se puso a buscar el pan, y no encontró ni un solo bocado.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó meneando la cabeza— Quisiera saber quién es el que se ha comido la carne que había en el puchero y el pan que yo guardaba.

(1) *Haxix*: ajeno, planta cuyo extracto embriaga.

(Continuará en el número próximo.)

EL VAGABUNDO Y EL BODEGONERO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Cierto vagabundo estaba un día sin un céntimo. El mundo se le vino encima, perdió la paciencia y... se echó a dormir. Cuando sintió que el sol le quemaba se levantó, pero por más que revolvía sus bolsillos no encontraba en ellos un cuarto. Acertó a pasar por delante de la tienda de un bodegonero que tenía ya preparadas ollas, cuya grasa era la alegría de los ojos y cuyo condimento despedía un tufillo tentador. El bodegonero estaba de pie detrás de los pucheros, había limpiado sus balanzas, lavado sus platos y regado la tienda. El pícaro se acercó a él muy tranquilo y le dijo, después de saludarlo atentamente:

—Pésame carne por valor de medio dirhem de plata, guisado por un cuarto y pan por otro cuarto.

El tendero le pesó todo lo que pedía. El parroquiano entró a la tienda y el dueño le llevó la comida a su sitio. Comió el granuja cuanto tenía delante, rebañó cuidadosamente su plato y luego empezó a preocuparse, porque no sabía cómo arreglárselas para pagar el gasto hecho. Aburrido, se puso a husmear por los rincones de la tienda, fisgándolo todo; vió un puchero que estaba boca abajo, lo levantó y encontró una cola de caballo fresca y todavía goteando sangre. Se dió cuenta de que el bodegonero servía a sus parroquianos carne de caballo, cosa que estaba terminantemente prohibida.

Extraordinaria alegría le produjo tal hallazgo. Se lavó esmeradamente las manos, bajó la cabeza y salió derecho a la calle sin decir una palabra. Al verlo el tendero marcharse decididamente, sin pagar lo que había comido, le gritó:

—¡Oye, granuja! ¡Espérate un poco, hombre!

El pícaro se detuvo, se volvió a mirarlo y le preguntó como extrañado:

—¿A mí me dices, bandido?

El bodegonero se enfadó, salió del mostrador y continuó diciendo a gritos:

—¿Qué significan estas palabras? Has comido car-

ne, guisado y pan, con sus ingredientes, y ahora te vas tan fresco, sin pagar, como si tal cosa?

—Mientes —afirmó rotundamente el vagabundo.

El tendero, agarrando al granujilla por el cuello, gritaba y vociferaba:

—¡Musulmanes, ved el principio de mi jornada! Este individuo come mis guisados y no me paga.

La gente se arremolinó alrededor de ellos y criticaba al vagabundo, diciéndole:

—Págale, hombre, lo que te hayas comido; es muy justo.

—Pero si le he dado un dirhem antes de entrar a la tienda —contestaba el muy bribón.

—¡Si me has dado un solo chavo —gritaba como un energúmeno el bodegonero—, permita Dios que todo lo que hoy venda no me aprovechel. Juro a Dios que no me ha dado nada, sino que ha comido en mi casa y se quiere ir sin pagar.

—Te he dado un dirhem —replicaba el pícaro y empezó a injuriar al bodegonero, que le contestaba en el mismo tono.

Vinieron a las manos, se dieron de bofetadas y al fin se engancharon a luchar cuerpo a cuerpo.

Viéndolos la gente, se acercó a separarlos y les preguntaron:

—¿Por qué os peleáis? ¿Cuál es el motivo de vuestra riña?

—¿La causa de esta pelea? —contestó el vagabundo—. Por Dios que la hay... y grande: la causa de nuestra disputa es cierta cola...

Y miraba fija e intencionadamente a su rival.

El bodegonero no le dejó acabar la frase. Con viveza le interrumpió, diciéndole:

—¡Calla, hombre, calla! ¡Llevas razón! Ya me acuerdo de que, en efecto, me has dado un dirhem. Sí, es verdad, me lo has dado. Ven, ven, toma las vueltas.

El bodegonero había comprendido lo que el redomado pillito quería decir al hablar de la cola.

FIN



HORMIGUITA DE ORO CUENTO

Era una tormentosa tarde de verano. Por la sierra rodaba todavía el eco de los truenos. Había descargado una nube de granizo y el agua corría formando torrentes por las cunetas de los caminos.

Y esto fué una pobre hormiguita a la que había sorprendido el pedrisco. Un granizo le había roto tres patitas; otro, la había privado de sentido, y el torbellino de las aguas la había arrastrado lejos, muy lejos de su casita.

Al volver en sí, la hormiguita no sabía dónde estaba. Sin hogar, lejos de lo suyos, inútil para el trabajo, sólo le quedaba la caridad de los demás.

Andando a duras penas por un camino adelante, llegó a la entrada de un hormiguero, llamó temblorosa a la puerta y salió una hormiga refunfuñona que, al verla, se abalanzó sobre ella, le dió un mordisco en la cabeza y, sin más razones, se volvió a entrar dando un brusco portazo. No la había dado tiempo ni para contar sus penas.

Toda compungida reanudó su viaje y, andando, andando, dió con la puerta de un oscuro refugio. Era el subterráneo palacio de un grillo.

No sabía qué hacer la hormiguita. Recordaba el recibimiento de su compañera y esto la llenaba de temor; pero, por otra parte, el dolor, el frío y el desfallecimiento la impulsaban a pedir un poco de compasión.

En esto se oyeron pasos de alguien que salía del interior; apareció un enorme grillo, negro y brillante como el charol, agitando señorialmente en el aire dos largas antenas.

La hormiguita tembló y el mismo miedo no la dejó articular palabra. El grillo, con un gesto despectivo, volvió su reluciente espalda y, sacudiendo sus patas traseras, lanzó por el aire a la desventurada hormiga.

Siguió andando, andando, y llegó la noche. El cansancio y el sueño la rindieron y, al fin, bajo el dosel de una florecilla se quedó dormida.

La flor, más caritativa, inclinó suavemente su tallo para resguardarla del relente.

Media noche sería cuando la hormiguita despertó a un ruido que sintió a su lado; abrió los ojos y se vió envuelta en una claridad fosforescente. Era un gusano de luz.

Atemorizada quiso huir; pero se detuvo al oír que la florecilla le decía:

—No me dejes, hormiguita, que si me dejas sola se me comerá los pétalos ese gusano.

—¿Y en qué puedo yo ayudarte? —preguntó la hormiga, con voz más temblorosa que la flor.

—Tú tienes patas para trepar y puedes prestarme una valiosa ayuda.

La hormiguita, que no olvidaba que la flor la había cobijado durante el sueño, sintió, a impulsos de la gratitud, un vivo deseo de ayudarla en un trance tan apurado.

—Mándame lo que debo hacer —le dijo—, que estoy pronta a obedecerte.

La flor, entonces, inclinóse al oído de la hormiga y le dijo en voz baja:

—Tú eres pequeñita y no puedes atacar al gusano; pero puedes trepar por esa zarza, y antes de que llegues allá arriba, encontrarás un laberinto de redes que protegen la casa de una vieja araña que hace sus correrías por estos contornos. Es muy aficionada a los gusanos, y en cuanto le digas que aquí hay uno, bajará y estará salvada.

La hormiguita se rascó la frente y dijo:

—¿Y no se precipitará sobre mí la araña y me destrozará tan pronto sienta mis pasos en sus redes, sin darme tiempo ni para abrir la boca?

—Tienes razón; no había yo pensado en este riesgo tan grande. No vayas, hormiguita, no vayas, y sea lo que Dios quiera.

La hormiguita pensó en el triste fin de su protectora si ella no la salvaba, y pensó también que su muerte era segura si se aventuraba a llegar a la tela de la araña.

La gratitud y la compasión no dejaron a la hormiguita vacilar más tiempo. Resueltamente trepó por el zarzal arriba. La flor agitaba sus pétalos queriendo detener a la hormiguita; pero ésta desapareció entre las ramas del zarzal.

Transcurrieron unos minutos de horrible angustia. Ya la flor sentía, estremecida, el primer mordisco del gusano, cuando vió venir, dando grandes zancadas, a la vieja araña. Era un temible ejemplar. Negra, con largas y quebradas patas, llenas de pelos y armada su cabezota de dos enormes garfios. Traía un humor de mil demonios. Sin duda, la hormiga la había despertado.

Tan pronto vió al gusano, se abalanzó sobre él y, en frenética lucha, cayeron los dos al suelo. La contienda se decidió, como era natural, en favor de la araña.

La florecilla contemplaba gozosa la muerte de su enemigo; pero de repente su alegría se trocó en tristeza, cambió de color, se dobló sobre su tallo y lloró mucho.

Había visto, enredados entre las patas de la araña, algunos restos de la hormiguita, y esto la hizo presumir el trágico fin de su salvadora.

La pobre florecilla se moría de pena. Ella se había salvado, pero a cambio de la vida de la hormiguita.

Cuando la araña acabó su festín, volvió a trepar pesadamente zarza arriba, en dirección a su casa.

La flor siguió con su congoja, y el silencio de la noche volvió a invadirlo todo.

En esto, una mariposa de radiantes colores vino a posarse sobre ella y le preguntó que por qué lloraba.

La florecilla le hizo una sentimental narración de cómo la gratitud había llevado al sacrificio a la hormiguita.

La mariposa le dijo entonces: «También las flores tienen gratitud; tranquilízate, florecilla». Y diciendo esto voló por el zarzal arriba. La mariposa, que no era otra que el Hada de las Flores, se dirigió a la casa de la araña, recogió algunos restos de la hormiguita, que estaban diseminados por la traidora red, y los encerró en una diminuta arquilla de oro y marfil.

Volvió a donde la florecilla estaba, y depositando la arquilla entre sus pétalos, le dijo dulcemente:

Florecilla, florecilla,
aquí tienes un tesoro;
encerrada en esta arquilla
está la Hormiguita de Oro.

Y se fué volando, volando... Al abrirse la arquilla apareció, con deslumbrantes reflejos, la hormiguita de nuestro cuento; pero convertida en Hormiguita de Oro.

La flor revivió con los más lindos colores, y al propagarse por aquellos contornos el fausto acontecimiento, celebraron las flores unas espléndidas fiestas de color y de perfumes.

Las hormigas, por su parte, proclamaron reina a Hormiguita de Oro, e impusieron severas penas al grillo y a la hormiga portera, que tan mal se habían portado con nuestra hormiguita.

ENRIQUE CASTILLO.

¡QUÉ VER-
GÜENZA ME
DA QUE ME
MIRE TANTA
GENTE!

COLORÍN Y SU PANDILLA

MIRA, COLORÍN, HOY VOY A LIMPIAR
LA CASA, ASÍ QUE ESTATE EN LA
PUERTA POR SI VIENE ALGUIEN

BUENO.

¡DIOS MIO, QUIÉN LLAMARÁ?
¡Y YO QUE VOY CON ES-
TOS TRAPILLOS!

R-RIN
R-RIN
R-RIN

ME ECHARÉ LA BATA EN-
CIMA Y ME EMPOLVARE
UN POQUITO PARA NO
PARECER TAN
FACHA.

R-RIN
R-RIN
R-RIN

SOY YO, MA-
RIQUITA, TE
QUERIA PRE-
GUNTAR SI
PODIA IR
A.....

¡NO Y NO! Y CO-
MO VUELVAS
A LLAMARTE
METO EN LA
CARBONE-
RA.

¡VAMOS, HOMBRE, HAY QUE
VER EL SUSTO QUE ME HA
DADO ESE MEQUETREFE.

¿OTRA VEZ LLAMAN? CO-
MO SEA COLORÍN VA A
VER QUIEN SOY YO
ME DEJARE
LA BATA POR
SI ACASO.

R-RIN
R-RIN
R-RIN

¡NO!

¿PUEDE VENIR
COLORIN CON
NOSOTROS
AHÍ A LA ES-
QUINA?

¿LA PUERTA OTRA VEZ? BUENO, CO-
MO SEA COSA DE COLORÍN SE VA
A ACORDAR DE
MÍ.

R-RIN
R-RIN
R-RIN

DICE CO-
LORIN QUE
SI.....

NO, NO Y NO; Y VE-
TE SI NO QUIERES
BAJAR LAS ESCA-
LERAS RO-
DANDO.

NO, PUES AHORA NO ME PONGO LA
BATA Y DEL ESCOBAZO QUE LE DOY
NO LE QUEDARÁN GANAS DE VOL-
VER.

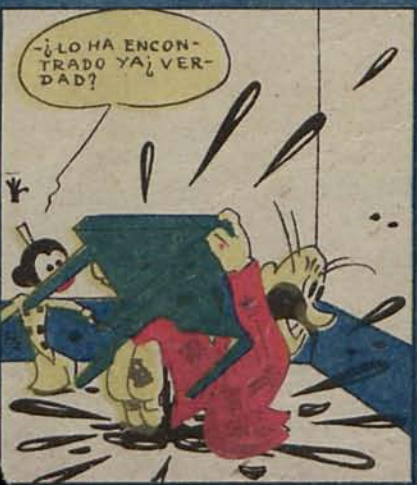
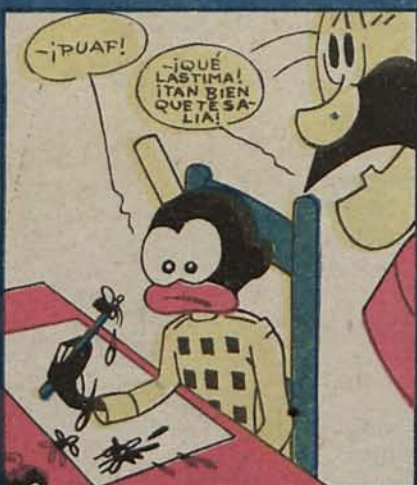
RIN
R-RIN
R-RIN

¿ESTÁ EN CASA LA SE-
ÑORITA MARIQUITA?

?



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

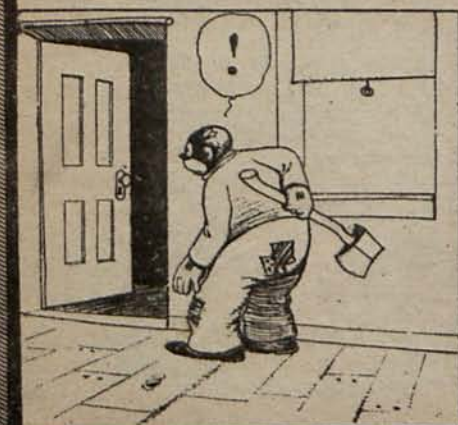




PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



POTIPÁN Y CAÑAMÓN



EL TEATRO DE PINOCHO

LA ROSA MARINA DE LA PRINCESA DE LA CHINA

(CUENTO ORIENTAL EN CUADROS)

(Continuación.)

- EL VISIR. ¡Feliz príncipe, que así devuelves a tu padre la luz y la alegría!
- EL REY. Hoy mismo, Visir, mandaré publicar por todo el reino que en adelante se reparte mi corona con el príncipe Nurgihán. Y quiero también que durante un año entero se celebren fiestas; que tengan abiertas para todos mis súbditos, ricos y pobres, la puerta de la alegría y del placer, y cerrada, la de la tristeza y la pena. ¡Hijo mío preferido, desde hoy puedo mirarte sin peligro de perder la vista! En cuanto a esa rosa marina, es necesario transplantarla para que no muera. Daré esa orden a mi jardinero real.
- NURGIH. No es preciso. Tengo yo mejor jardinero. En un momento estará aquí.
- EL REY. ¿Qué haces, hijo? ¿Estás loco? ¿Por qué quemas uno de los pelos de ese mechón que guardabas en el bolsillo?
- NURGIH. No hay tiempo de decirlo: Ya está aquí. (Entra el Genni.)
- GENNI. Mándame, príncipe Nurgihán.
- NURGIH. Quiero que, en el espacio de una noche, me construyas un estanque de dos picas de profundidad con argamasa de oro puro y cimientos de pedrería. Quiero transplantar a él mi rosa marina para que sea encanto de todos.
- GENNI. Una noche es demasiado tiempo. Dentro de una hora estarás obedecido. En una noche, tu rosa marina se morirá. Corro a cumplir tu deseo, si no olvidas tú la promesa que me has hecho.
- NURGIH. Al punto, tendrás cincuenta tortas de azúcar y harina en flor.
- GENNI. Así, pues, da gusto trabajar. Oh, poderoso príncipe! ¿Qué dije en una hora? ¡En media hora tendrás el estanque, y la rosa marina encenderá en él sus más bellos colores.

TELÓN



CUADRO OCTAVO

LA PRINCESA DE CHINA

La escena representa las orillas de un río. Al fondo se divisan las torres de la ciudad de Scharistán. A un árbol están atados los caballos de la princesa Cara de Lirio y sus tres esclavas. Estas y aquella deben estar vestidas de guerreros.

- CARA DE LIRIO. «Cuando se busca un objeto perdido, dice el refrán, es preciso que uno también se pierda para encontrarlo».
- ESCLAVA. 1.ª No os afijáis así, mi princesa. Volved la alegría a vuestro rostro.
- ESCLAVA. 2.ª Olvidad la causa de vuestra tristeza, señora.
- C. DE L. Nada puede consolarme de la flor que he perdido. Mi alegría han robado con ella. Quiero buscar al raptor de mi rosa y conocer el motivo de su latrocinio. Y castigaré su atrevimiento.
- ESCLAVA. 3.ª ¿Cómo estáis segura, alteza, de que la rosa ha sido robada y no perdida o muerta?
- C. DE L. Segura estoy de que alguien, sin que sepa cómo, entró en mi jardín y llevó su atrevimiento al punto de robar la rosa marina que yo cultivaba en mi jardín. Y no sólo hizo tal sino que llegó hasta el pabellón en que yo dormía y cambió por ésta suya de rubies una de mis sortijas. Después, partió sin turbar mi sueño. Al despertar noté que la rosa había desaparecido y ya no tuve límites mi pena. En vano di órdenes de buscar al ladrón. Inútil fué, porque ya no se encontraba en el reino de mi padre. Entonces, un día, siendo más fuerte que yo el deseo de encontrar mi rosa, vestí este traje de guerrero y os di orden de que así me acompañarais. Dos lunas llevamos de camino y el desaliento entra ya en mi alma. Temo que el mundo sea demasiado grande y no encuentre jamás el lugar donde el ladrón se oculta.
- ESCL. 1.ª No desconfiéis así de la suerte. Tal vez estáis ya cerca del objeto de vuestro viaje.
- ESCL. 2.ª Acaso esta ciudad, cuyas doradas cúpulas brillan al sol, es ya la ciudad que buscáis.
- ESCL. 3.ª El cielo querrá que dentro de sus murallas de mármol rosa se encuentre la flor que habéis perdido.
- C. DE L. En vano queréis consolarme. El desaliento ha prendido en mi ánimo.
- ESCL. 1.ª Hace un rato llegué hasta la ciudad cercana, como me ordenaste. Al volver no quise interrumpir el consuelo de tu sueño.
- C. DE L. ¿Qué ciudad es?
- ESCL. 1.ª Es la capital del reino de Zein-El-Umluk y se llama Schar-

- kistán. Debéis llegar hasta ella, señora. Es una ciudad hermosa, y en estos días levanta los paveses de fiesta, que deben durar un año entero. A cada puerta se oye resonar instrumentos de música y todo está lleno de alegría.
- C. DE L. Mi tristeza no se une bien a la alegría de los demás. Cada risa avivaría más la pena que me consume.
- ESCL. 2.ª Pero quizá tal fiesta pueda calmar vuestra melancolía.
- C. DE L. No, no, dejadme. Di tú, Nirka, ¿no sabes la causa de tales regocijos?
- ESCL. 1.ª No sé, señora. Pero podemos preguntarlo a este vendedor de fruta que llega por el camino.
- (Entra el vendedor de fruta subido a un burro.)
- C. DE L. ¿Quieres decirme, vendedor, y que Aláh te guarde, cuál es el motivo de las fiestas que se celebran en la ciudad de Scharistán, corte del rey Zein-El-Umluk?
- VENDEDOR. Que el que todo lo puede sea contigo, joven guerrero. ¿De qué país vienes que ignoras la alegría de esta ciudad? He de contestarte que el rey estaba ciego; pero su hijo, el excelente Nurgihán, ha conseguido, después de trabajos infinitos, traerle la rosa marina de la princesa de China. Y el simple contacto de esta rosa milagrosa con los ojos del rey le ha devuelto la vista. Y se le han tornado los ojos luminosos como estrellas. Y con este motivo, el rey ha ordenado que la gente se entregue al placer y al regocijo durante un año entero, a costa del tesoro del reino, y que a cada puerta se dejen oír, sin interrupción, los instrumentos musicales, desde por la mañana hasta por la noche.
- C. DE L. ¡Oh, fortuna! El cielo quiere que termine en este punto mi tristeza. ¿Y sabes, buen mercader, lo que ha sido de la rosa marina después de servir para la curación del rey?
- VENDEDOR. En un hermoso estanque de los jardines reales florece nuevamente, y es delicia para las miradas y bálsamo para el olfato. El príncipe Nurgihán, que es el único triste entre tanta alegría, pasa las horas contemplando la rosa, como si su perfume le hubiese hechizado. ¿Qué más quieres saber?
- C. DE C. Nada más. Aún sé más de lo que deseaba. Sigue tu camino, buen vendedor, y que tus bienes sean multiplicados.
- VENDEDOR. El cielo te proteja, joven guerrero. (Vase.)
- C. DE L. Ahora que frente a la ciudad estoy, que he llegado hasta donde mi rosa se guarda, que he encontrado al ladrón, ahora es cuando más desamparada y triste me encuentro. ¿Qué podré yo hacer sin mi padre, lejos de mi país, sin soldados que me guarden ni me defiendan? ¿Adónde iré ahora y a quién podré quejarme para pedir justicia, si los que tienen que dárme la son los ladrones mismos? ¡Qué triste es mi destino y qué adversa mi suerte!

TELÓN



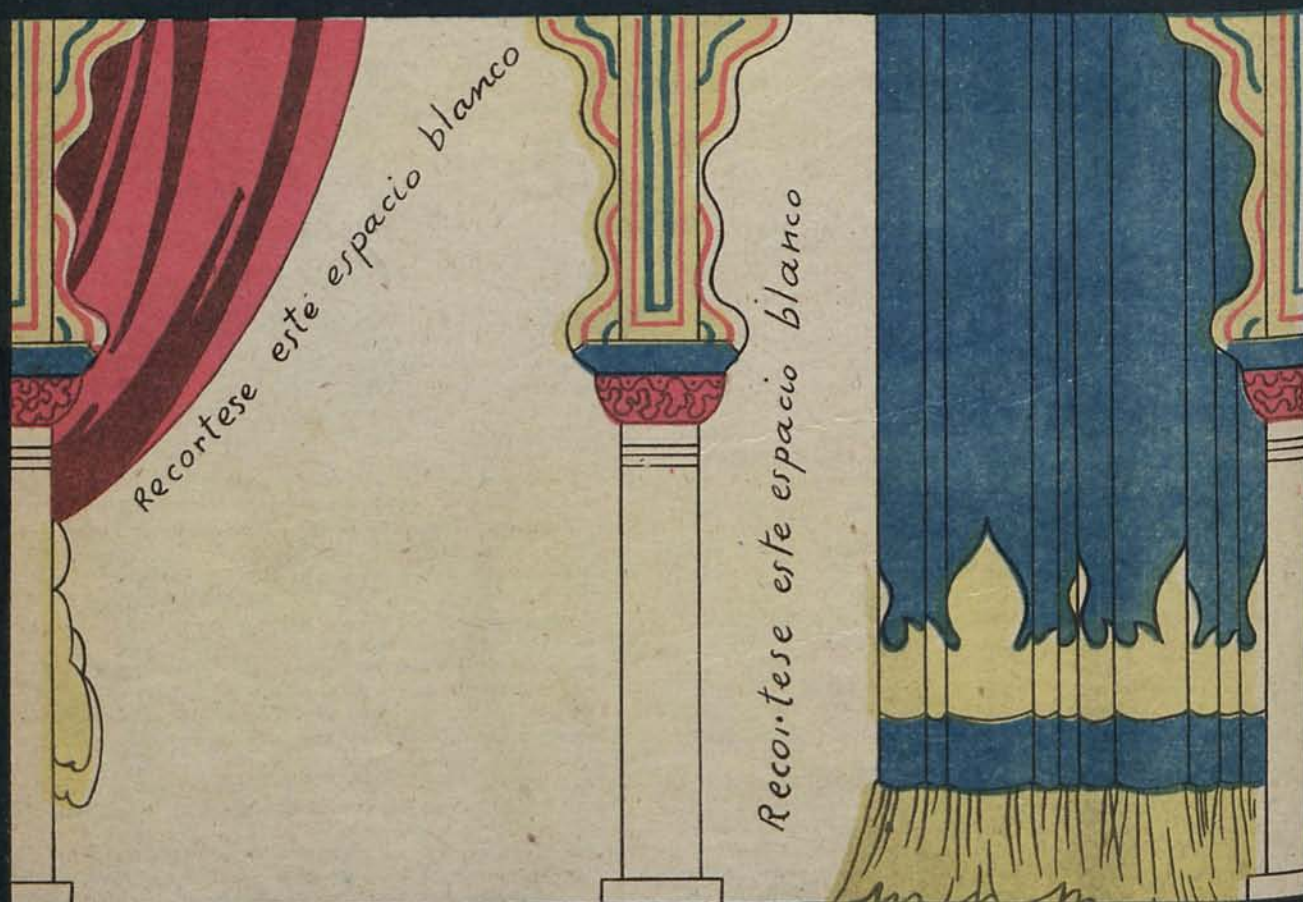
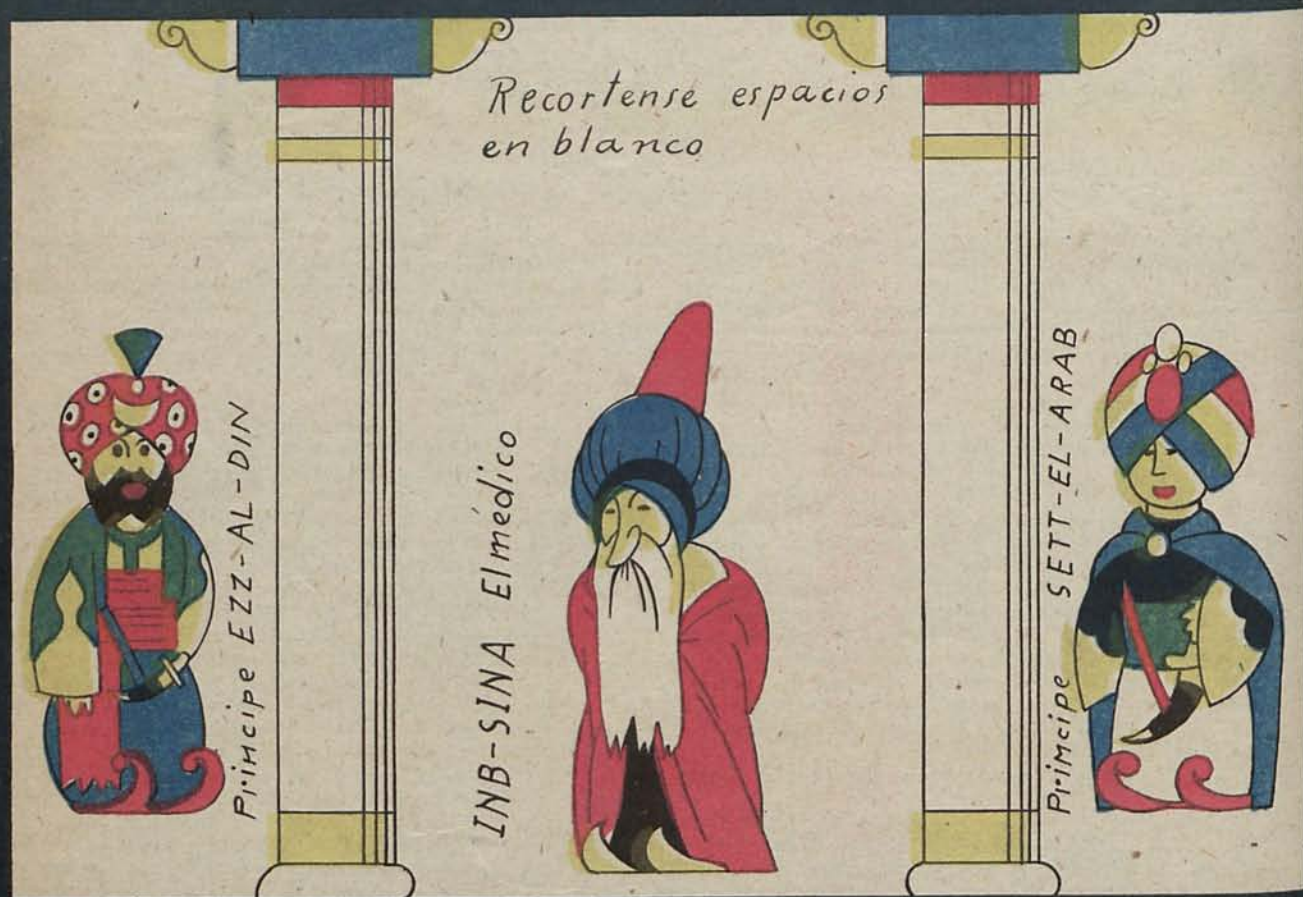
CUADRO NOVENO

EL GUERRERO NEGRO

Una estancia del palacio de Zein-El-Umluk. Están en escena: El rey, los príncipes Sett El-Arab, Ess Al-Din y Nurgihán, el visir, el médico Ibn-Sina, los astrólogos, cortesanos, guardias y esclavos. Puede servir la misma decoración del primer cuadro.

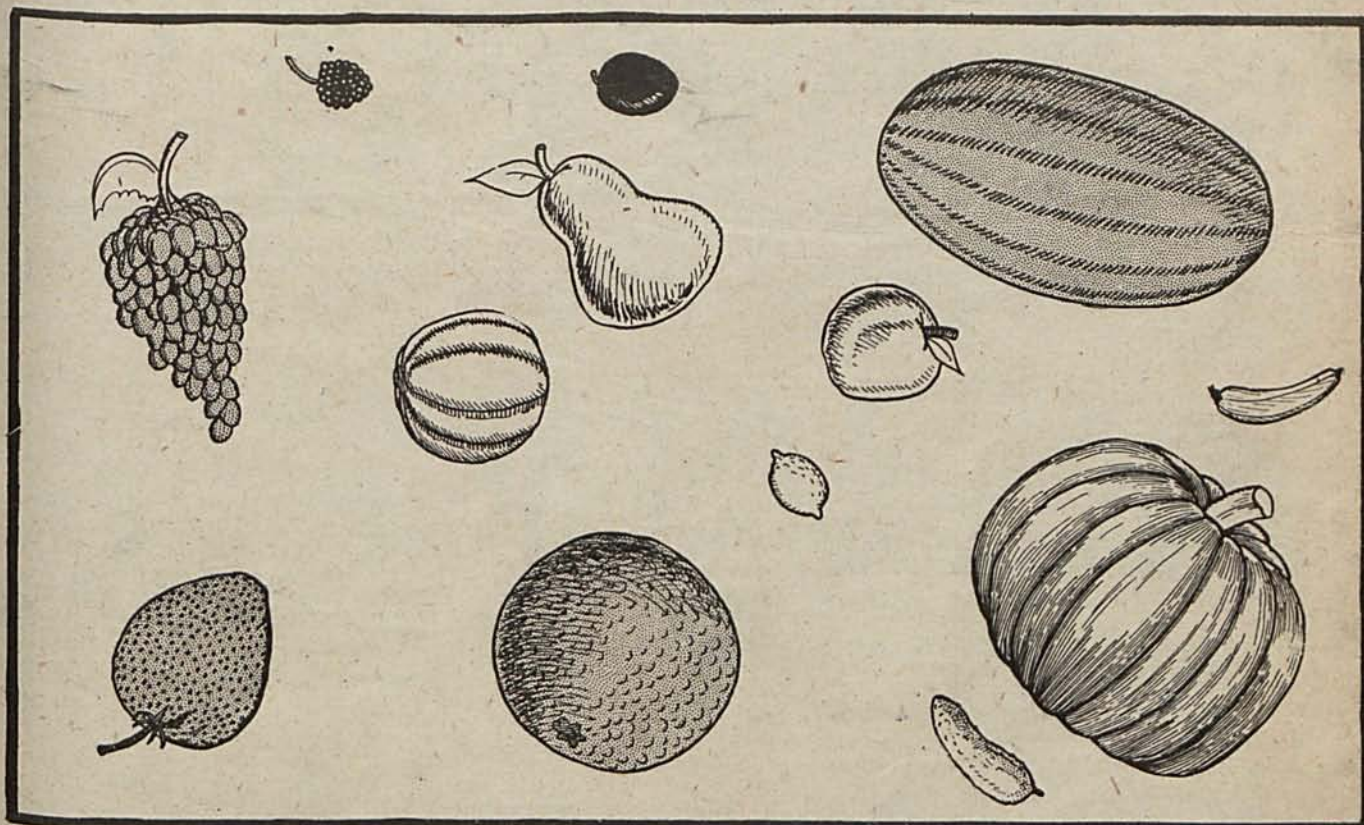
- REY. ¿Por qué al volver vosotros, mis hijos mayores, tenéis tan alterado el semblante y pedís justicia hasta las mismas gradas de mi trono? ¿Os ocurrió algún suceso durante vuestro viaje?
- SETT EL-ARAB. Nada a nosotros, sino a ti, oh rey, que durante nuestra ausencia has sido víctima del más torpe de los engaños.
- REY. ¿Engaño dices, hijo mío?
- S. E.-A. Engaño es, ciertamente. La rosa marina que nuestro hermano ha traído no está dotada de virtudes milagrosas.
- ESS AL-DIN. Mi hermano dice bien. Tú, oh padre y rey, sólo has recobrado la vista merced a la hechicería y a la intervención del demonio.
- REY. ¿Estáis locos? ¿Dudáis del efecto prodigioso de la flor que trajo vuestro hermano y enfurecéis en vez de unirlos al regocijo de la ciudad?
- S. E.-A. Sostengo lo que digo. Mi hermano es un impostor y un hechicero. Tu curación no es un milagro, sino un conjuro diabólico.

(Continuará en el número próximo.)



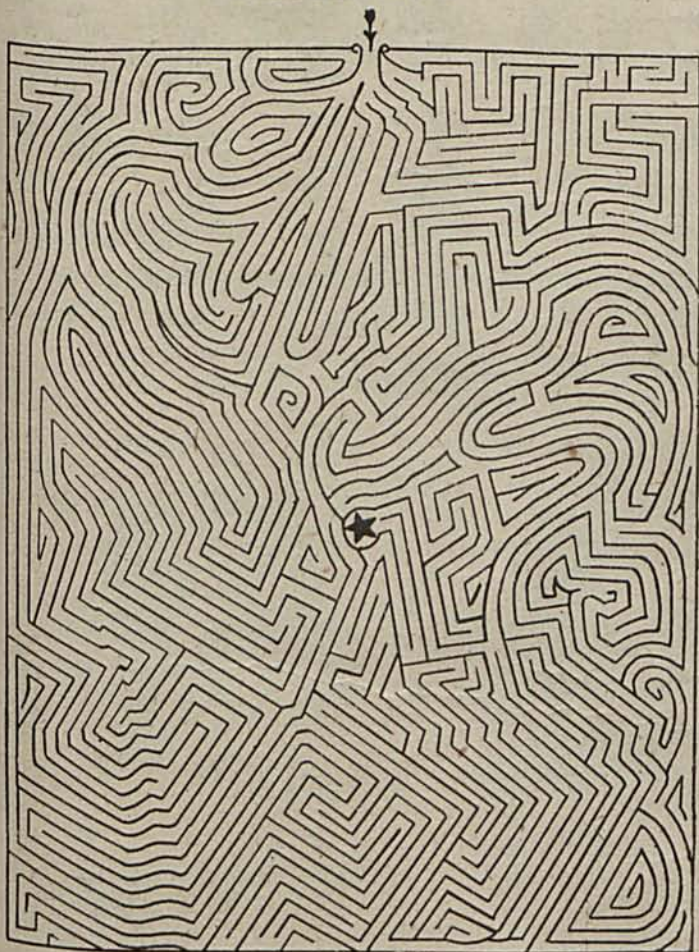
CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DIVISIÓN DE FRUTAS



En este problema no se trata de averiguar qué clase de frutas son las del dibujo; no, pues eso bien claro está. El problema consiste en trazar cinco líneas rectas, de forma que divida el dibujo en tantos departamentos como frutas hay, y, por consiguiente, cada fruta quedará encerrada dentro de su departamento.

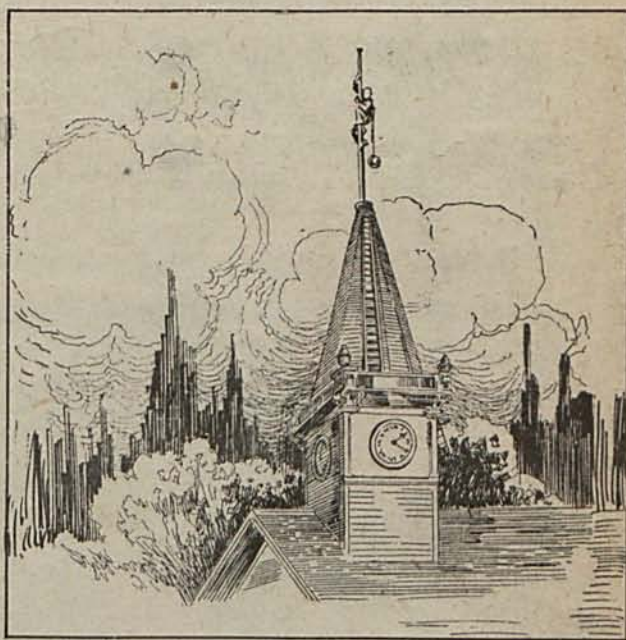
LABERINTO



En este laberinto, como en todos, el intrínquis está en saber llegar a la plazoleta o centro, marcada con una estrella, partiendo de la puerta indicada con una flecha, o bien, partiendo de la plazoleta, llegar a la puerta.

¿Qué camino habéis de recorrer?

EL ESCALATORRES



He aquí un problema que os va a gustar. Nos lo ha contado Paco Morronguis que, según dice, lo aprendió estando una vez en una iglesia encargado de cazar los ratones que había en la sacristía.

En esta iglesia, donde Paco prestaba sus servicios, y en la aguja de la torre, había una bola dorada muy bonita. Un día, por el otoño, se desencadenó una gran tormenta y el viento huracanado tiró la bola. Nadie en el pueblo podía colocar la bola en su sitio, hasta que acertó a pasar por allí un escalatorres y, tras de no poco trabajo, consiguió colocar la bola en la aguja.

Esta aguja medía 19 pies y 8 pulgadas. Empezó a trepar el escalatorres y subió 6 pies en 6 minutos; al pararse para descansar, como era muy escurridiza la aguja, descendió 3 pies. Volvió a trepar y subió otros 6 pies en otros 6 minutos, descendiendo, al pararse, otros 3 pies; y así sucesivamente, cada 6 minutos subía 6 pies y descendía 3, consiguiendo, al fin, colocar la bola.

La solución consiste en contestar a estas preguntas:

- 1.ª ¿Cuántos minutos tardó en subir 3 pies?
- 2.ª ¿Cuántos minutos tardó en subir los primeros 15 pies?, y
- 3.ª ¿Cuántos minutos tardó en subir los 4 pies y 8 pulgadas que le faltaban hasta completar los 19 y 8 pulgadas que tenía la aguja?

Tened en cuenta que el pie tiene 12 pulgadas.

COLABORACION PINOCHISTA

CHISTES ILUSTRADOS



—¡Mozo! Esta perdiz está pasada.
—Me extraña. Es lo que sobró de la que se comió hace seis días, y entonces dijo usted que estaba buena.
B. VIBÁ.
Trece años. San Feliú de Guisols.



Entre empresarios de teatros:
—No podemos vivir así. Nos suprimen la cuarta función, que es la más productiva...
—¡Hombre! Se me ocurre una idea: suprimir la primera función y empezar por la cuarta.
FRANCISCO VILLALBA.



—¡Qué bonito ramo de flores! Supongo que será para tu maestra.
—No, señor; esta mañana me sé la lección.
EDMUNDO E. BLANCHET.
República Argentina.



—¿Sabes cuál es el oficio más alegre?
—No.
—Pues el de barrendero, porque siempre va... riendo.
SIMÓN MATOS.
Catorce años. Medina del Campo.



—¡Oye, rico! ¿Cuántos churros te han dado por cinco céntimos?
—Uno.
—¡Ay que ver! En mis tiempos daban dos por diez céntimos.
ERNESTO ARRONDO.
Diez años. Villafranca.



—Oye, chico; ¿por qué te da miedo el agua?
—Porque he leído que el pez grande se come al chico.
MARIANO URDIAIN.
Nueve años. Madrid.



—¿Cuál es el colmo de un oculista?
—Curar los ojos a un puente.
VÍCTOR FERNÁNDEZ.
Once años. La Magdalena.



—¿Cuántas clases de pinos hay?
—Pino marítimo, pino de Flandes, pino-tea y Pino... cho.
MANUEL AMIGUETI.
Trece años. Ceuta.



—¡Oye! He adelgazado seis kilos en tres días.
—Te pesarias con gabán.
—No; me lo quité.
—¿Y dónde lo dejaste?
—Lo llevé en la mano.
MARÍA SANS MARTÍNEZ.
Once años. Madrid.



El señor. —¿Dónde vive D. Procopio Pérez?
La portera. —Suba por la escalera B, tire por el corredor H, vuelva por el S, salga entonces hacia la derecha, por el P...
El señor. —Esperre; voy por una brújula.
JOSÉ LUIS ALVAREZ.
Trece años.



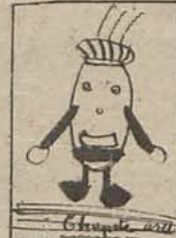
—¿Tienes el libro que te pedi ayer?
—Me se ha olvidado.
—No se dice «me se», sino se me.
—Pues no «se me» la lección.
BENITO RODRÍGUEZ.
Trece años. Marín.



—Debía usted mandar algo al concurso de chistes de PINOCHO, porque tiene usted cada golpe...
LOLITA GÓMEZ.
Trece años.



—¿Cuál es el masculino de perra?
—Perro.
—¿Y el de vaca?
—El dios del vino.
—¿Cómo?
—Baco.
CARLOS CABRERAS.
Catorce años. Guayaquil (Ecuador).



—¿Cuál es el colmo de Chapete?
—Tener dos chapeatas coloradas.
J. A.
Siete años.



—¿En cuantas partes se divide el cuerpo humano?
—Según por donde le pasen a la víctima las ruedas del «auto».
MIGUEL MUÑOZ.
Ocho años. Madrid.



El. —Aunque va usted en segunda en este tren, va usted a hacer un viaje de primera.



—¿Cuando las cinco partes del mundo juegan al escondite, cuál se queda?
—¡...!
—El Asia, porque tiene la China.
CARLOS CAMPOS.
Catorce años. Cartagena.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL CONCURSO DE REGALOS MENSUALES A LOS SUSCRITORES



Sarita Alonso Pimentel.
Valladolid. Favorecida con el quinto premio del mes de marzo.



Amelia Rufino.
Gandia. Favorecida con el segundo premio del mes de abril.



Manuel Saavedra Palmeiro.
Badajoz. Favorecido con el cuarto premio del mes de marzo.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
Hoy quisiera saber, amigo buho, cómo vive el león, cuáles son sus gustos, sus platos favoritos...

—Voy a satisfacer tu curiosidad, mi querido amigo. El león es, como sabes, el rey de la selva. Es un animal feroz, capaz de los mayores atrevimientos. A decir verdad, el león siente miedo muy pocas veces. Si teme, no es a los otros animales que le rodean en la selva, sino al hombre.

—¿Al hombre?

—Sí, Chonón. El león, tan valeroso, sólo teme al hombre. Ahora que si siente hambre, o si está herido, el león no experimenta miedo alguno, y entonces, ferozmente, acomete a cuantas personas encuentra en su camino.

—¿Es cierto que los leones sólo andan de noche?

—Es cierto. Poseen estos animales unos ojos semejantes, en su estructura, a los de los gatos, y ven perfectamente en la oscuridad. Durante el día, durante las horas de sol, el león permanece tendido, durmiendo. Busca para ello lugares apartados, pantanosos casi siempre, donde abundan las cañas alterosas y la elevada hierba. A veces se recoge en las malezas, donde puede dormir escondido, sin ser molestado por los rayos del sol, y en ocasiones retoza de día, acompañado de su hembra y sus hijos. En los días nublados y bochornosos, el león ruge horriblemente.

—Me han dicho que el rugido del león atemoriza a los demás animales.

—Es verdad. El león es un «virtuoso», en el sentido de que hace con su voz lo que quiere. Marca los *crescendo* y los *diminuendo* con una facilidad asombrosa. El primer rugido del león es muy bajito, casi un quejido; el segundo se hace sentir más, el tercero es francamente fuerte y el cuarto, por último, es temible, atronador, resonante. Como el león lleva siempre su cabeza baja, cuando ruge, su voz se propaga a distancias considerables. Los demás animales, al oír el rugido del león, corren de un lado para otro, aterrorizados. Puede decirse que la voz del león siembra el espanto en toda la selva.

—¿Qué animales prefiere el león? ¿Cuáles prefiere, entre los que puede cazar, para su alimento?

—Cuando le es dable elegir, el león prefiere para su alimento,

sobre todos los animales, la cebra. Tiene la cebra una grasa que le agrada mucho al rey de la selva. En orden de preferencia, le sigue a la cebra el hipopótamo muerto, que tiene aún más grasa que aquella. No ataca al hipopótamo vivo, pues aunque este animal es pacífico, su corpulencia lo hace temible al león. Siguen, en preferencias, la jirafa y el antílope. También gusta el león del búfalo; pero no siempre consigue vencerlo, pues en ocasiones muere el león en la lucha.

—¿No gusta el león de la carne humana?

—Es muy raro que el león acometa deliberadamente al hombre. Sólo cuando se ve herido o perseguido avanza hacia los cazadores, y entonces, a excepción del tigre, es el león el más temible de los animales.

—¿Y cómo caza el león a las cebras?

—El león conoce los sitios donde pastan las cebras, acompañadas de jirafas, durante la noche. Estos animales saben perfectamente las intenciones de los leones, y siempre se alejan de los matorrales y de todo lugar donde pueda esconderse el enemigo. Como la cebra adopta muchas precauciones, el león, por su parte, se ve obligado a finisimas y habilisimas estratagemas. Se ve obligado a organizar un complot con otros leones. Se sitúan éstos en lugares distintos. Uno de ellos espanta a la cebra, acosándola hacia los lugares donde se hallan apostados los demás. Así, llega un momento en que la cebra, inevitablemente, pasa por el lado de uno de los leones, el cual da al fugitivo el zarpazo definitivo. Una dentellada del león basta para que la cebra pase a mejor vida. Los confabulados para el complot riñen por la caza, y los vencidos, después de la lucha huyen en busca de otras víctimas. El león vencedor come hasta hartarse; después se dirige a las aguas de una charca próxima. bebe y, apenas ve apuntar el día, se retira a su habitual escondrijo. En él duerme tranquilamente, hasta la noche siguiente.

—¿Y a qué hora se acostumbra a cazar los leones?

—Muchas veces de día. Se aprovecha, precisamente, el descanso de la fiera. Unos perros la despiertan, y los cazadores, entonces con grandes precauciones, disparan al animal. El valor, la acometividad del león crecen cuando se siente herido.

—Será peligrosísima esa caza.

—Horriblemente peligrosa, Chonón.

CORRESPONDENCIA

Encarnación Ramos-Guerbós.—Mi queridísima Encarnación: He recibido tu deliciosa carta, la cual contesto, como ves, inmediatamente. Las soluciones de los problemas—¡qué buenas, cuán perfectas me las has enviado en todas las ocasiones!—debes remitírmelas ahora cuando concluya cada serie, acompañadas del cupón que publico para ello. Una serie dura un mes, es decir, cuatro números de mi revista, y ello ya es una guía para que veas lo que tienes que enviarme.

En cuanto a Trini y Carmen Gross y su primita Charo, ya está todo arreglado. Supongo contentas a estas monísimas Pinochistas. Ciertamente, hubo un error, no pequeño, ¡hay!; pero yo supe subsanarlo inmediatamente.

Da mis recuerdos a Enrique, Lolita, Carmen, Agustín, Carlos, Maruja, Trini, Eduardo y Pilar, y tu recibe, mi queridísima Encarnación, de Pirula, Anita, Potipán, etc., etc., los más efusivos abrazos.

José B. García Ramos Vigón.—Recibo el dibujo de tu hermanito, dibujo que me ha gustado muchísimo y que publicaré, como presumes, a la mayor brevedad posible. No comprendo esa «paciencia»... El sorteo de suscriptores se celebra todos los meses, matemáticamente, sin perder rípolo. ¿No has visto nunca, no has leído en PINOCHO las listas de los premiados? Todo suscriptor debe estar atento a esa lista, pues puede darse el caso (y sería lamentable) de que estuviera en ella, y que, por descuido, por no leer, por pereza, no recogiera un premio que le pertenece.

Merceditas Pellicer.—Tu dibujo, dado el tiempo transcurrido, ha de estar para salir. No sé, la verdad, para qué deseas saber el número de tu suscripción. Si es para el sorteo, no debe preocuparte. Aquél lo efectuamos aquí todos los meses, y los suscriptores no tienen otro trabajo que leer la lista que publicamos en la revista. ¿Entendido?

Un abrazo de Pirula, otro de Anita y muchos más de mis demás compañeros. **César Redondo.**—Si tus dibujos llegaron a mis manos en buenas condiciones, es decir, con su cupón, estoy seguro de que a estas horas, dado el tiempo transcurrido, estarán para salir. De todas formas, remítame otros nuevos dibujos, pues tengo inusitados deseos de publicar tus trabajos. Tus versos, los que hoy me remites, me han gustado muchísimo.

Un abrazo de Pirula, y recuerdos de todos. **Antonio Wobes.**—A su tiempo recibí tus estupendos versos, los cuales me han llenado muchísimo. Están muy bien, son muy graciosos, muy festivos. Anacreonte no los escribirá mejores. Ni que decir tiene—ya puedes suponerlo—que todo ello saldrá en mi revista, conforme le llegue su turno.

Licinia Rodríguez.—He comunicado a Pirula tu petición, y Pirula, amabilísima, ha accedido. En breve tiempo aparecerán en PINOCHO esos pañitos de que me hablas en tu carta.

Refiriéndome a tus dibujos, puedo decirte que no recuerdo haberlos recibido. De todas formas, si llegaron a mis manos, no es un mes, por otra parte, una cantidad de tiempo como para impacientarse. Dibujos hay que llevan, cuando menos, en las arcas de la Redacción, esperando su turno, dos, tres meses...

Recuerdos y abrazos de Pirula, de Anita, de Morronguis, etc., etc.

Benito Flores, Miguel Serrano y Juan Lueros.—Con vuestra estupenda carta me han llegado tus magníficos dibujos. Me pedís encarecidamente, como en solicitud, os conteste aquí sobre tan importante asunto. Y yo os digo: Vuestros dibujos, por buenos, aparecerán en mi revista, con gran satisfacción por mi parte. ¿Puedo decir más?

Carísimos saludos de Currinche, Don Turulato, Potipán, Cañamón, Morronguis, Anita, Pirula...

Antonio Salas de la Torre.—Ese sorteo es mensual. No se efectúa más que entre suscriptores, y es este sorteo—¡por qué no decirlo, si es verdad!—, es este sorteo el más provechoso de cuantos han existido. No hay que aventurar nada en él y siempre se está en probabilidad de ganar un premio. Si te suscribes, querido Antonio, verás cómo obtienes, al poco tiempo, con la suerte que tú te gastas, un premio magnífico.

Benito Aguirre y Bello.—Me mandas tu dibujo a lápiz, y ello es un inconveniente bastante grande para que pueda publicarlo. Para otra ocasión, tinta negra.

Bernardo Luque.—Bien, admitido.

Antonio Laza y Palomo.—¿Y el cupón?

Luisita Pascual.—No recuerdo haber recibido esos dibujos de que me hablas, la verdad. Pero eso no quiere decir que no hayan llegado a mis manos. De todas formas, para mayor seguridad, remítame otros nuevos trabajos. Estaré pronto a publicarlos, mi queridísima Luisita.

Recibe un abrazo de Pirula, otro de Anita, otro de Currinche, otro y otros... **Aurorita Carrasco.**—Estoy por asegurar que tus dibujos no tardarán mucho en aparecer en las páginas de PINOCHO. Calma tu impaciencia. Ten confianza en el héroe de los muñecos.

Fernando Campo.—Me gustan mucho tus dibujos, me entusiasman. Los publicaré conforme les llegue su turno. En cuanto a los otros, a los otros dibujos que dices me remitistes en otro tiempo, la verdad, no recuerdo. Ello no quiere decir que no hayan llegado a esta Redacción. ¡Pero son tantos, tantos los dibujos que entran aquí diariamente! Aunque mi memoria es estupenda, no puedo recordar...

Ernesto José Vignolo y Sáenz de Tejada.—He recibido tu gran Currinche. Una verdadera maravilla. Un acierto de retrato. Una obra de arte. Currinche—el auténtico, no el de tu dibujo—ha quedado encantado con tu obra. Y todos los demás, lo mismo. Está muy bien, Ernesto. Publicaré tu trabajo. Eres un artista.

Recibe un montón de felicitaciones.

Julio Marial.—Tu auto, a lápiz, no pasa. ¡Cuánto lo siento, Julio!

Lola Pérez Herrera.—Muy bien, encantado. De lo mejor, de lo más selecto este dibujo tuyo, tan perfilado, tan pelisentado, tan bello, tan perfecto. ¿Que si lo publico? Conforme le llegue su turno, mi querida Pinochista.

Leed las grandes ventajas y regalos reservados a los suscritores

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **solamente entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. **(Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).**

2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. **(Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).**

3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.

4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.

5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores *por un año*; otros, para los suscritores *por un semestre*; otros para los suscritores *por un trimestre*. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten **en el momento de hacer su suscripción**. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga **sus regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un año

1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.

3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100**.

5.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas).

Si la suscripción es por un semestre

1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100**.

3.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas).

Si la suscripción es por un trimestre

1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100**.

2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas).

BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D.

calle de núm. Pueblo
..... Provincia, se suscribe a

PINOCHO por (1) $\left\{ \begin{array}{l} \text{UN AÑO.....} \\ \text{UN SEMESTRE...} \\ \text{UN TRIMESTRE..} \end{array} \right\}$ cuyo importe de $\left\{ \begin{array}{l} \text{veinte pesetas (23 pesetas) (2).} \\ \text{diez pesetas.....} \\ \text{cinco pesetas.....} \end{array} \right\}$ remite a la Adminis-

tración de PINOCHO, Calle de Valencia, 28 (3), en (4) También remite **1,50** pesetas (5) para gastos de envío, etc., de los regalos de suscritor. En total remite pesetas.

(Fecha y firma.)

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) Los suscritores por un año pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción, o sea en total: 23 pesetas.

(3) Para tener derecho a los regalos de suscritor, hay que pagar la suscripción a la Administración **directamente**, o sea sin intermediarios.

(4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.

(5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de abril de 1926 admitimos **suscripciones por un año a PINOCHO, certificadas**; es decir, que remitiremos **cada número semanal certificado**, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción por año certificada es:

23 PESETAS

Los actuales suscritores que deseen recibir desde ahora certificada la revista, deben abonar un nuevo año de suscripción al precio indicado, y mediante ese abono les serviremos no sólo toda la suscripción nueva, certificada, sino certificados también, y **sin pagar nada por ello**, los números restantes de la suscripción anterior.

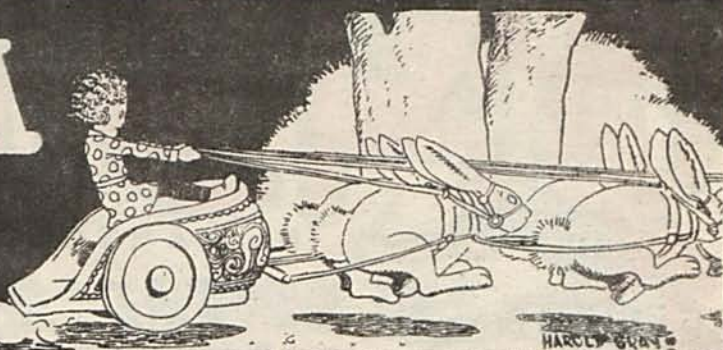
Los que hayan renovado su suscripción por un año después del 1.º de enero de 1926, podrán recibir su suscripción certificada, sin necesidad de abonar otro año de suscripción, sólo con abonar **dos pesetas cincuenta céntimos** para dicho fin.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Marzo.	Abril.	Mayo.
Primero. 25 ptas. en dinero.	Srta. Nieves Montoya.—Vitoria..	Srta. María del Pilar Gallo.—San-	D. Francisco Murillo.—Barcelona.
Segundo. 15 ptas. en libros.	D. Manuel Trujillano Arana.—Bil-	tander.....	Srta. Mercedes Rey.—Habana
	bao	> Amelia Rufino.—Gandia....	(Cuba).
Tercero. 10 ptas en libros..	> Celso Barrutia.—Cazorla	D. Carlos Marcos.—Cangas de Ti-	> Rosa Oñate Prendergast.—
Cuarto. 5 ptas. en libros...	> Manuel Saavedra.—Badajoz...	neo.....	Sarriá.
		Srta. Amelia Aranda Sins.—Zara-	D. Recaredo y María Garay.—Ma-
		goza.....	drid.
Quinto. 3 ptas. en libros...	Srta. Sarita Alonso Pimentel.—Va-	D. Mauro Alonso.—Vigo.....	> Francisco Gil de Sola.—Barce-
	lladolid		lona.

ANITA

BUEN-CORAZON.





SECCIÓN PIRULA

EL SANTO DE PAPA

Para mi amiguita Dinini—creo recordar que Dinini se

llama, en realidad, Magdalena—media un abismo entre el santo de mamá y el de papá.

Ambas fiestas, naturalmente, le son gratas, puesto que son ocasiones de demostrar palpablemente su cariño y su agradecimiento a sus papás, y de saborear los dulces de todas clases que abundan en casa esos dos días, y que no dejan de constituir una ventaja apreciable.

Pero en la parte preparatoria de la fiesta —la elección del regalo— los dos santos difieren notablemente. El de mamá, se presenta fácil y cómodo. ¡Son tantas las cosas que se le pueden regalar! ¡Es tan fácil suplir en

ellas, con aplicación y trabajo, a la modestia de los ahorros! Un pañuelito con vainicas, un pañito bordado, un trozo de encaje para adorno de un cuello, son otras tantas fruslerías, cuya confección Dinini domina y que mamá aprecia doblemente porque son siempre bonitas y esmeradamente hechas —Dinini tiene buen gusto y es mañosa — y porque en cada hilo cree ver reflejarse la adorada marca de fábrica de los deditos de su nena.

¡Pero el santo de papá! Tres meses antes, ya está Dinini preguntándose angustiosamente a todas horas:

¿Qué le voy a regalar, matarile, ríle, ríle?

¿Qué le voy a regalar, matarile, ríle, ron?

¿Una cartera, una pitillera, una boquilla, una pluma estilográfica? Otras tantas cosas que no pueden hacerse en casa, o que saldrían lamentablemente «caseras», y cuyo precio de coste es inabordable para Dinini, a poco que sean de buena clase.

¿Una corbata? Un año sí y otro... también... Dinini acaba por contentarse con este recurso manido y vulgar. Esta vez está resuelta a no caer en la tentación; quiere hacerle a su papá un regalo original, de buen

gusto, útil y práctico; pero... cuyo precio no rebase la suma de una peseta setenta y cinco céntimos, cifra que arroja el último inventario de la hucha.

¡Caramba, Dinini, qué difícil es eso! Es decir, ¡qué difícil sería si no acudiera Pirula en tu auxilio!

Ese regalo, que reuna tan maravillosas y a parecer incompatibles condiciones, ya te lo tengo yo inventado; y, además de agradar a papá, entusiasmará, de paso, a mamá y... a la doncella.

Tu papá tiene —según me has dicho— la costumbre de leer sus periódicos sentado en una butaca, junto al balcón del comedor; y al leer, fuma; y al fumar, arroja la ceniza... donde puede; es decir, que si alguien se apresura a colocar a su lado el magnífico cenicero de pie, de la salita, todo marcha sin más daño que el de cambiar así el cenicero de sitio, cosa que a la ordenada mamá no le hace gracia; y si no, la ceniza cae en el suelo, cosa que a la doncella la desespera.

El ideal será, pues, regalarle a papá uno de estos ceniceros, que se colocan en los brazos de las butacas; y como hay bastantes probabilidades para que un cenicero de estos, siendo bonito, rebase los límites de nuestro presupuesto, lo más práctico es que lo confeccionemos en un momento.

¡Vedlo qué gracioso es y qué fácil de hacer! Se coge una cinta ancha y se dobla en el sentido del largo, colocando en cada uno de sus extremos —esto es esencial— un plomo. En uno de sus extremos se pega un trocito de cinta azul, que irá doblada, terminando

en un pico que rebasa la cinta roja; y sobre esta cinta azul se pega otra blanca, como indica el grabado; la nariz y la boca del olón, se bordan en rojo; los ojos, son dos budoques negros; los tres botones, tres redondelitos de terciopelo negro. Para los brazos, se corta en el ancho de la cinta un semicírculo, que se pega por su centro, y en cuyo extremo va pegado otro trocito de cinta blanca.

El cenicero, propiamente dicho, será un platillo ordinario de metal e irá sujeto con un clavo remachado; este platillo puede pintarse o no.

¡Qué contento se va a poner el papá de Dinini cuando reciba este regalo! ¡Y el vuestro también, cuando le regaléis otro igual!

